

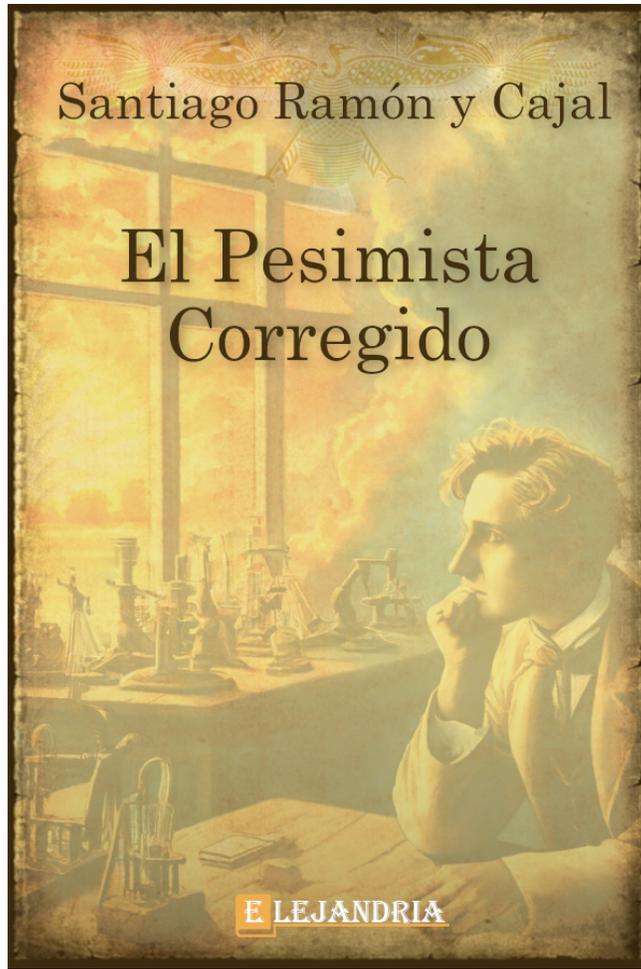
Santiago Ramón y Cajal

# El Pesimista Corregido

**E** LEJANDRIA

Santiago Ramón y Cajal

# El Pesimista Corregido



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **EL PESIMISTA CORREGIDO**

**SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL**

**PUBLICADO: 1905**  
**FUENTE: WIKISOURCE**

# ÍNDICE

[I](#) - [II](#) - [III](#) - [IV](#) - [V](#) - [VI](#) - [VII](#) - [VIII](#) - [IX](#)

# EL PESIMISTA CORREGIDO

## I

"El pesimista corregido" fue escrito en 1905, como divertimento, sin pretensiones científicas ni filosóficas, aunque sí -sin disimulo- con objetivo moralizante: las limitaciones humanas no han de verse como una tragedia sino como valores que nos sitúan en la perspectiva adecuada para descubrir la belleza de las cosas y de las personas.

Juan Fernández, protagonista de esta historia, era un doctor joven, de veintiocho años, serio, estudioso, no exento de talento, pero harto pesimista y con ribetes de misántropo. Huérfano y sin parientes, vivía concentrado y huraño en compañía de una antigua ama de llaves de su familia.

Hacia la época en que le enfocamos se habían recrudecido en nuestro héroe el asco a la vida y el despego a la sociedad. Descuidaba la clientela y el trato de los amigos, que le veían de higos a brevas, y pasaba su tiempo enfrascado en la lectura de obras cuya tonalidad melancólica casaba bien con el timbre sentimental de su espíritu. Agrada saber al desdichado que no estrenó la desdicha y que su menguado concepto del mundo y de la vida halló también asilo en cabezas fuertes y cultivadas.

Compréndese bien por qué Juan se solazaba y entretenía en la lectura de Schopenhauer y Hartmann, del antipático y vesánico Nietzsche y del adusto y profundo Gracián. Y el orgullo de coincidir con la opinión de tan calificados varones prodújole, a ráfagas, algún consuelo, a cuyo fugitivo calor sentía deshelarse parcialmente el lago glacial de su voluntad y aliviarse un tanto su dolorosa laxitud de espíritu y de cuerpo.

Para el infortunado Fernández, la vida era una broma pesada y sin gracia, dada por la Naturaleza sin saber por qué ni para qué; el entendimiento era rudimentaria máquina de calcular, que se equivoca en todas las arduas operaciones; nuestro saber, libro viejo, lleno de tachones y lagunas, y cuya fe de erratas tiene más hojas que el texto; los sentidos, rudimentarios y pueriles aparatos de física, sin alcance ni precisión, buenos tan sólo para ocultarnos las infinitas palpitaciones de la materia y los innumerables enemigos de la vida; el corazón, bomba frágil e indisciplinada que se agita intempestiva y dolorosamente en los trances difíciles, anublando la inteligencia y paralizando nuestras manos, y, en fin, la voluntad, algo así como vilano aéreo, fluctuante y a merced de leve ráfaga de viento y que comete la tontería de tomar su movilidad por libertad...

Con tales ideas y los sentimientos correspondientes, excusado es decir que nuestro doctor tenía pocos amigos y menos esperanzas e ilusiones.

Era, sin embargo, bien disculpable y digno de compasión. En dos años había perdido padre y madre amantísimos: aquél, víctima de la tuberculosis; ésta, arrebatada por una pulmonía infecciosa. A la sazón, Juan convalecía lentamente de peligrosa tifoidea, y días antes de enfermar había terminado sin éxito, pero con honra, reñidas oposiciones a cierta cátedra de la Universidad de Madrid.

## II

Transcurrieron cuatro meses más. La herida del amor propio continuaba sangrando. En crescendo iban la debilidad orgánica y la desgana de vivir. Visiones fúnebres y dolientes atormentaban sus noches. Hízose por cada día más huraño e inaccesible, abandonó casi enteramente la clientela y dejó de visitar a la indolente y vacilante Elvira, cuyo despego y frialdad le exasperaban...

En esta deplorable disposición del ánimo escribió un libro de sentido terriblemente pesimista, intitulado "Las planchas de la Providencia", fruto de sus sombrías meditaciones. Tamaña obra, que venía a ser algo así como manifestación tardía y sistematizada del providencial derecho del pataleo, prodújole, a intervalos, algún consuelo. Gusta siempre al caído achacar al caballo las faltas del jinete. No critiquemos la injusticia. ¡Ella nos da fortaleza para persistir en las grandes empresas! ¡Es tan fácil cambiar de bridón!...

Con todo eso, el día en que Juan escribió la última página de su libro cayó en profundo abatimiento. Eran las cuatro de tibia mañana de primavera. Las campanas del vecino reloj sonaban lentas, roncadas, cual estertor de moribundo. A lo lejos lanzaba un perro plañidero ladridos. Oíase a grandes intervalos el aria alegre con que el gallo anuncia la venida del astro rey, del genio triunfador de la sombra y de la muerte.

De vez en cuando percibíase el estrepitoso rodar de los ómnibus madrugadores, cuyas trepidaciones, comunicadas a la estancia de

Juan, hacían retemblar los muebles, oscilar la luz y estremecer las cuartillas...

Aquel despertar de la Naturaleza, ansiosa de luz y de actividad; aquella oleada caliente de vida tráfaga irritaron dolorosamente la sensibilidad enfermiza del infortunado filósofo, quien, en un arrebatado de supremo desencanto, cogió tembloroso las últimas cuartillas del libro y las arrojó a la chimenea.

¿Para qué escribir?... Por ventura, ¿Puedo modificar el curso del mundo, detener la marea del protoplasma imbecil, ciegamente precipitado en el abismo del dolor y de la muerte?... ¡La gloria!... ¿Acaso es más que un olvido aplazado? La humanidad, surgida de la muerte, en la muerte ha de parar. Nos lo prueban con sus férreas fórmulas la mecánica del Cosmos y las ineluctables leyes de la entropía. Mis estériles lamentos ¿retardarán una milésima de segundo siquiera el amanecer de ese astro insensible y rutinario que se prepara a alumbrar (cediendo la energía de su calor) las mismas escenas de barbarie y desolación en las cuales el individuo es implacablemente sacrificado a la especie y ésta a la corriente total de la vida? ¿Apiadaré quizá al inexorable destino, a la incomprendible Providencia, que, sin distinguir el genio del microbio, se complace en destruir la vida con la vida, como si no bastaran ya, para el infortunio humano, las abrumadoras fatigas del trabajo, el punzante sentimiento de nuestra impotencia y la tiranía incontrastable de las fuerzas cósmicas?

Y con gesto de fiero y soberbio desafío, la mirada llameante y fija en la penumbra del techo, como encarándose con un ser desconocido, exclamó:

### III

Cuando, muy entrada ya la mañana, despertóse Juan, llamóle la atención un fenómeno insólito. Hallábase herméticamente cerradas las ventanas y, no obstante, la luz parecía entrar sin obstáculos, filtrándose por las rendijas del balcón en áureas fajas, dentro de las cuales mariposeaban, en mareantes giros, infinidad de corpúsculos variables de dimensión y color.

Eran los unos negros, opacos y esquinados como el carbón; mostrábase otros largos, transparentes y brillantes como hilos de cristal (filamentos de lana y algodón); en fin, no pocos afectaban formas esféricas y ovoideas, diafanidad perfecta, y semejaban a esporos de mohos considerablemente amplificadas por el microscopio. Todas estas flotantes partículas subían y bajaban, arremolinábanse en raudos movimientos, pasaban incesantemente de la luz a la sombra, saltaban sobre los muebles, enredábanse en la cubierta de la cama y en las barbas del asombrado filósofo, y atropellándose en la boca y nariz, se precipitaban amenazadores en el pulmón con el aire inspirado.

Creyendo Juan ser víctima de estrafalario ensueño, levantóse súbitamente del lecho, y al cruzar por una de las esplendentes cortinas de luz, vió, estupefacto, su camisa convertida en algo así como un cañizo tejido de albos, cristalinos y refulgentes cilindros, y sus manos, ásperas y cruzadas de profundos canales, trocadas en una especie de gigantesco panal de abejas, salpicado de taladros y erizado de amarillas y transparentes vergas (los agujeros de las glándulas y el vello).

Miró hacia el lecho, lamido a trechos por varias lengüetas de luz, y descubrió en la colcha una complicada reja de barrotes de coral. En fin, al recoger una cuartilla del suelo, vióla convertida en un intrincado amasijo de carámbanos (filamentos de algodón apelmazados). ¡Era para volverse loco! Transformación tan monstruosa de su cuerpo y de los objetos que le rodeaban prodújole impresión de profundo terror. ¿Qué significaba esto?

Acordóse entonces de repente de la visión de la pasada noche y cayó en la cuenta del origen del estupendo fenómeno. El genio no le había engañado.

Sus ojos se habían convertido en microscopios, y no en virtud de alteraciones en la dióptrica ocular (imposibles, por otra parte, sin cambiar la forma dimensión del aparato visual), sino a causa de la extremada finura de la organización retiniana y vías ópticas y de la exquisita sensibilidad de las sustancias fotogénicas residentes en los corpúsculos visuales. Cada cono o célula impresionable de la fovea centralis había sido descompuesta en centenares de sutilísimos filamentos individualmente excitables, y la misma multiplicación de conductores había sobrevenido también en los nervios ópticos y centros visuales del cerebro. En realidad, Juan no veía los objetos más grandes, sino más detallados: el ángulo visual seguía siendo el ordinario; pero, en cambio, la membrana sensible del globo ocular, de resultas de la susodicha multiplicación de las unidades impresionables, gozaba ahora de la preciosa virtud de discriminar y diferenciar objetos y colores bajo fracciones angulares casi infinitesimales. Por consecuencia de tan estupendo perfeccionamiento, percibía nuestro protagonista (situado a la distancia de la visión distinta) las cosas como si estuvieran colocadas en la platina de potente microscopio.

## IV

Poco tiempo después de la exploración que acabamos de referir, y cuando ya iba nuestro protagonista habituándose a los excesivos resplandores de la luz y a las extravagancias y sorpresas de aquel mundo tan real, como inverosímil, ocurriósele cierto día asistir a una función del teatro Real.

Llevábale al aristocrático coliseo su pasión por la música. Y como sabía bien que desde galerías y palcos las decoraciones, así como los rostros y trajes de los cantantes, le harían deplorable efecto, resolvió hacer caso omiso de sus impresiones visuales y atenerse exclusivamente a las acústicas, por fortuna absolutamente normales. Y no halló para ello mejor expediente que instalarse en el más oscuro y olvidado rincón del paraíso.

Finalizaba el primer acto de Carmen, y resonaban aún en la sala los ruidosos aplausos de la claque, cuando nuestro dilettante descubrió en un palco a su antigua prometida. Sin poder contener los impulsos de su corazón (pues todavía la amaba), y resuelto al mismo tiempo a someter a su ex novia a la implacable, anatomía del análisis micrográfico, abandonó su rincón y bajó a saludarla.

El acto que iba a realizar no podía molestar a la familia de don Tomás. Nuestro héroe había renunciado a ser el prometido oficial de Elvira, y esta circunstancia le daba cierta libertad para platicar con la esquiva doncella. En realidad, los ex novios no habían regañado ni había para qué. Ocurrió sencillamente que el termómetro del afecto, que en el corazón de Elvira no marcó nunca la temperatura de la

pasión vehemente, fué bajando insensiblemente hasta cero. Alejáronse poco a poco las almas, y la romanza del amor, cada vez menos briosa, dejó de resonar en el oído de la ingrata cuando el corazón se negó a llevar el compás.

Pues como decíamos, Juan entró en el palco de don Tomás, donde Elvira y su madre, muy joviales, empolvadas y peripuestas, lucían elegantes vestidos, valiosísimas alhajas y espléndidos tocados.

Si la intención del protagonista de esta historia fué borrar de su memoria las imágenes seductoras que conservaba de aquella mujer serena y razonadora; si anhelaba destruir de una vez la visión plástica de una belleza ponderada, sólida y eucrática, en torno de la cual imaginación y sentimiento habían alzado prestigioso ensueño de amor, fuerza es confesar que halló colmadas las medidas.

Completo fué el deshielo de la ilusión. A ello contribuyeron poderosamente varias circunstancias. En general, la mujer, maestra en el arte de agradar, no ha aprendido aún la ciencia de la iluminación. En la tertulia o el teatro escoge su asiento a la buena de Dios, sin caer en la cuenta de que hay luces que achagrinan la piel, turban la armonía del color y de las líneas y echan diez años encima.

## V

La vida del cuitado Juan se iba haciendo por cada día más difícil.

Cierto que su clarividencia portentosa le permitía evitar los microbios; pero tal ventaja no había influido en su sensibilidad, de cada vez más susceptible, y ajustada, ab initio, para otra gama de sensaciones visuales.

A causa de esta inarmonía entre la excitación y la reacción, cobró repugnancia al vino, al agua, a la carne..., a todo. Pasaba los mayores apuros a la hora de comer, y, no obstante intervenir él personalmente en las faenas cocineras, esterilizando, filtrando, analizando y limpiando primeras materias, le ocurría a menudo sorprender en los alimentos y bebidas bicharracos o bacterias que le asqueaban el estómago y le quitaban el apetito. En virtud de un fenómeno psicológico difícil de explicar, aun los manjares más limpios y saludables causábanle repugnancia y escrúpulos.

Porque a sus ojos la carne no era carne, sino paquetes de rojas y contráctiles lombrices (las fibras musculares estriadas); el tocino aparecíasele como un montón de globos enormes, semejantes a bomboneras repletas de un líquido aceitoso y de cristalizaciones radiadas (células adiposas y cristales de margarina); el pan presentábasele cual conglomerado de granos almidonosos, empotrado en una ganga transparente (el gluten), donde destacaban toda suerte de inmundicias; el queso se le antojaba asqueroso criadero de microbios, arca de Noé palpitante de vida inmunda, nauseabunda carroña capaz de levantar el estómago de un

difunto. En ocasiones, al hallarse en el comedor rodeado de apetitosas viandas, figurábase estar en un laboratorio histológico, ocupado en devorar, impulsado de extraña aberración, una colección de preparaciones microscópicas. Los sesos, particularmente, inspirábanle supersticioso terror.

-¿Quién se atreve a comer exclamaba una célula nerviosa erizada de brazos suplicantes que parecen vibrar todavía con el dolor del golpe mortal asestado por el matarife?

Por de contado, aborreció también el agua común, donde hormigueaban, entre otros gérmenes, el insidioso bacilo tifoso y el bacillus coli comunis; repugnó el vino, frecuentemente impurificado con el micoderma aceti y el torula cerevisiae, y la leche, donde pululaba el bacilo de la tuberculosis, amén de tal cual bacteria de la fermentación, y acabó por no beber sino agua hervida y previamente esterilizada con la bujía de Chamberland. Infinitas eran las preocupaciones tomadas por el receloso Juan en el aseo y esterilización de platos, vasos, botellas, manteles, cuchillos y tenedores. Con tales rarezas y meticulosas aprensiones, excusado es decir cuál sería el humor de la infeliz cocinera. Pensó sencillamente que su amo había perdido el juicio.

## VI

Cansado Juan de exploraciones tan curiosas como descorazonadoras, y apercibiendo el ánimo a más viriles y serias empresas, díjose un día:

Réstanme todavía seis meses de maravillosa clarividencia. Aprovechémoslos, pues, en bien de la humanidad, es decir, en el cultivo de la ciencia, en el esclarecimiento de los arcanos de la vida. En mis manos microscopio y telescopio aumentarán estupendamente su alcance, rindiendo amplificaciones jamás soñadas por los físicos. ¡Qué de portentosos descubrimientos voy a hacer. ¡Excelsa será mi gloria! Ante los presentes y venideros, asombrados de mis soberanas conquistas, pasará sin duda por genio extraordinario, por un demonio del análisis, por un monstruo de penetración, de intuición y de lógica...

Y lleno de férvido entusiasmo puso manos a la obra.

Comenzó por buscar recomendaciones para los sabios del Observatorio astronómico; cultivó la amistad de su director, quien, lleno de cortés benevolencia, le permitió, durante las claras noches estivales, escudriñar con poderoso antejo los insondables abismos del cielo. Y tuvo la fortuna de descubrir astros nunca sospechados, cometas invisibles, nebulosas cuya pálida llama brillaba en negruras del espacio jamás exploradas, resolviendo de pasada los más arduos problemas de física, química y biología planetaria: la atmósfera de la luna, la habitabilidad de Júpiter, la cuestión de los canales de Marte, la composición química de las estrellas, etc. Porque es de notar que

a sus ojos la banda luminosa del espectroscopio estelar revelaba rayas cromáticas y de absorción absolutamente invisibles para todos los astrónomos.

No contento con tan estupendas revelaciones, montó en su casa un laboratorio micrográfico y bacteriológico. Y multiplicando la potencia del microscopio por la maravillosa acuidad de sus ojos escrutó tenazmente las enfermedades de causa ignota, teniendo la suerte de poner en evidencia los gérmenes ultramicroscópicos de la vacuna, viruela, sarampión, sífilis, de los tumores... ,qué sé yo!

Cual preciado fruto de tan fecunda labor publicó acerca del mundo de lo pequeño y del mundo de lo grande, sendas sorprendentes y luminosísimas monografías que renovaban el pensamiento científico y abrían a la futura investigación espléndidos horizontes...

Pero, ¡ay!, tan admirables hallazgos chocaron con un pequeño obstáculo... No fueron de nadie creídos.

Decían los astrónomos un poco molestados en su dignidad solemne de sabios oficiales:

¿Cómo vamos a tomar en serio a un iluso que asegura distinguir a simple vista los satélites de Urano, las tierras y nubes de Júpiter y las estrellas de décimo-sexta magnitud?

Por su parte, los histólogos y bacteriólogos exclamaban:

¿Qué fe vamos a prestar a las descripciones de un mentecato que se jacta de divisar a simple vista los glóbulos de la sangre y el bacilo de la tuberculosis, y cuyos estrambóticos hallazgos nadie ha conseguido confirmar?

.....

Aquel escepticismo universal, tan cruelmente mortificante para su amor propio; el creciente desvío de los amigos, que le diputaban por loco de remate; la aversión progresiva a los hombres y a las cosas, hizo caer a nuestro filósofo en sombría desesperación. El mirífico y sobrehumano don que juzgó nuncio de gloria y de ventura habíase convertido en manantial inagotable de amarguras y desencantos.

Como ocurre a menudo, los ciegos juzgaban al vidente. Quien debía compadecer era compadecido. Una vez más el genio pasaba por demencia y recogía, en pago de su humanitario y abnegado esfuerzo, ingratitude e ignominia.

## VII

Cierta tarde otoñal, tibia y serena, paseaba Juan por las umbrías alamedas del Retiro, no lejos de la glorieta del Angel caído. Maquinalmente, y cediendo al reflejismo de sus músculos, sentóse a la orilla de un seto, bajo los pinos gigantes y enfrente de un claro del ramaje, especie de locutorio al cual llegaban, vigorosos y vibrantes, el rechinar de los carruajes, las conversaciones de los hombres y las argentinas carcajadas de las muchachas.

Declinaba el sol lentamente, enrojando las copas de los árboles, dorando y espiritualizando el rostro de las mujeres. Sentíase llegar poco a poco esa hora melancólica y dulce en que la Naturaleza se obscurece y las ideas se encienden; en que las pomposas frondas del bosque, engalanadas un instante por el sol, cambian su rico matiz anaranjado verdoso por el azul violáceo; en que la claridad nos abandona como si la tierra cayera en antro profundísimo. De las alturas de la atmósfera, serena e inmóvil, descendía un silencio augusto que parecía apagar el rumor de las hojas y el estridor de los carruajes. A intervalos batían el aire con sus oscuras y mudas alas los murciélagos, semejantes a almas en pena.

Extremadamente sensible al desfallecimiento de las cosas vivas, el espíritu de Juan se puso al unísono con el ambiente, sintiéndose penetrado de esa indefinible melancolía que parece irradiar de la vida vegetal cuando es abandonada del sol, su Dios y su fuerza.

Después de tender nuestro héroe una mirada distraída por el horizonte, a trechos perceptible por entre los troncos de los árboles,

fijóse un momento en el cielo, hacia Occidente, maculado por una larga pincelada fuliginosa. Era el humo de una fábrica eléctrica que se disponía a iluminar la ciudad.

Ese humo negro exclamó Juan está ligado a la luz como el dolor al pensamiento. También yo he ansiado luz, mucha luz, y conseguí, sin duda, alumbrar mi inteligencia; pero ¡ay! el humo de la llama entenebreció mi corazón y empañó el cielo de mi dicha...

Poco después emergía por el Oriente el astro de la noche, rojo y amenazador como un espectro trágico. Miróle Juan obstinadamente. Una vez más contempló sus mares desecados, sus montañas abruptas y peladas, sus cráteres vacíos e inertes, sus grietas colosales...

¡He aquí -se dijo- la fiel imagen de nuestro aciago destino! También la pálida luna tuvo un corazón lleno de lava derretida y vivió rebosante de fuerza y de actividad, engalanada con la pompa de la vegetación, animada por el correr de los ríos, ceñida por el cerúleo tul de la atmósfera y embellecida por la dorada diadema de las nubes. Por ley ineluctable de la evolución, hoy la hermosa Diana no es más que la calavera de un mundo. Sus órbitas gigantes están vueltas a la tierra, a cuya pujanza y vitalidad dirigieron, sin duda, sus últimas y envidiosas miradas. De igual modo nuestras órbitas vacías quedarán también un día orientadas hacia los astros, pero no serán ¡ay! atravesadas por el pincel dorado de la luz...

## VIII

Al cabo, cumpli6se el plazo se6alado por el genio. Cierta d6a, tras sue6o let6rgico y restaurador, los ojos y el cerebro del afligido fil6sofo recobraron su normal modo de ser. Al contemplar por primera vez, despu6s de un a6o de an6lisis despiadado, los seres vivientes con sus matices continuos y estructuras veladas; al volver a hallar el aire, el agua, los alimentos y vestidos limpios de asquerosos detritus y de amenazadores microbios, crey6 haberse remontado a un planeta nuevo, presidido por alg6n Dios paternal, ben6fico y misericordioso.

Progresivamente recobr6 nuestro protagonista la antigua ingenua serenidad, y cur6 de sus rebeld6as y pesimismo. La dura lecci6n recibida le hizo m6s justo con los hombres y m6s severo consigo mismo. Una gran luz surgi6 en su inteligencia, y como consecuencia de sus nuevas reflexiones se propuso variar radicalmente de conducta.

En adelante fu6 su m6s firme resoluci6n ajustar estrictamente su acci6n y su pensamiento a las incontrastables leyes de la evoluci6n moral e intelectual de la vida, sin contrariarlas en lo m6s m6nimo, antes bien, sacando de ellas normas y principios de conducta individual y social. Su divisa fu6 la de Ep6cteto: "¡Oh Naturaleza! Yo quiero lo que t6 quieres."

Por de contado, abandon6 para siempre la sat6nica man6a de hacer responsable a la Providencia del mal f6sico y moral, consider6ndolos ahora como indeclinable consecuencia de la

flaqueza e imperfección del mecanismo cerebral. Comprendió que el dolor y la desgracia, irremediables en el fondo, en cuanto arrancan de la esencia y contextura misma de la máquina orgánica, sólo pueden paliarse educando a los pueblos en el altruista amor del organismo colectivo y sugiriendo a los hombres la firme convicción de que son células hermanas y equivalentes de una unidad viviente superior, Nación o Estado, cuya prosperidad y felicidad representan la suma de las abnegaciones y sacrificios individuales.

Fué tolerante con el error, y singularmente con el filosófico y religioso, en los cuales, cuando la sinceridad les santifica y ennoblece, veía ahora meras reacciones ideales compensadoras del infortunio, o consoladoras leyendas destinadas a llenar, con el perfume del ideal, el desierto de una mente sin conceptos y el vacío de un corazón sin amores. Y cuando el error, por no afectar a lo íntimo de la sensibilidad ni asociarse a un sistema de ideas compensador de la realidad dolorosa, podía y debía ser desvanecido, procedía a su extirpación con la suavidad, dulzura y miramiento con que se limpia la mancha que afea delicada y preciosísima estofa.

## IX

Habían transcurrido dos años más. Juan era ya otro hombre. Trocada su psicología, corregida su conducta, el fruto no se hizo esperar.

Ganó por oposición una plaza de la Beneficencia provincial. La clientela, de cada vez más copiosa, rendíale pingües beneficios. Sus amigos, ahora muy numerosos y sinceros, rodeábanle con amor y se hacían lenguas de su bondad, discreción y talento, y hasta de sus simpáticas flaquezas y defectos. Porque Juan, de acuerdo con la sentencia de Gracián: "Ten veniales descuidos y defectos para que la envidia se cebe en ellos y no se atreva a lo mejor", fué por primera vez en su vida jovial, incorrecto, desaliñado, abandonando cierta solemne tiesura de la dicción y del gesto, así como cierto nimio y meticuloso cuidado de la sintaxis, que, sobre darle un aire de pedantismo enfadoso, robaban a sus palabras la espontaneidad y la gracia, la afabilidad y la llaneza, encanto y primor de la conversación familiar.

Nadie se acordaba ahora de sus antiguas extravagancias y locuras, que las gentes, piadosamente pensando, atribuyeron al tremendo choque moral producido por la muerte de sus padres idolatrados.

Y como cerebro y corazón sanos y tranquilos constituyen los mejores tónicos de la nutrición, nuestro desengañado filósofo mejoró también de naturaleza física. Era a la sazón un apuesto mozo de treinta y dos años, alto, fornido, elegante, con aire bondadoso e inteligente.

Elvira, la equilibrada y seria Elvira, no se había casado aún. Deseaba don Lucas unirla en matrimonio con cierto rico comerciante amigo suyo, joven y enamorado, aunque sin cultura ni talento; pero la avisada doncella no daba fácilmente su brazo a torcer. El pretendiente distaba mucho de realizar el tipo del intelectual, de voluntad firme y claro talento, que ella anhelaba para guía y amparo de su vida y prudente freno de su femenil nervosidad. El Lohengrin esperado debía reunir las cualidades que un célebre autor diputaba indispensables en el hombre de genio: el espíritu soñador, la cultura y altruismo de Don Quijote, y la serenidad, robustez y positivismo de Sancho, y hasta entonces el vigía del corazón no había columbrado el misterioso y encantado esquiife.

Por fortuna, la avisada Elvira topó un día con su antiguo novio, el loco y doliente Juan, el joven ojeroso y pálido, a quien más de una vez sorprendió paseando sus melancolías por las umbrías del Retiro. Y quedó, al contemplarlo, agradabilísimamente sorprendida y, más que sorprendida, subyugada. Un fuerte aldabonazo del corazón anunció a la alborozada doncella que había, por fin, pisado la tierra de promisión.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [Título](#)
2. [El pesimista corregido](#)
3. [I](#)
4. [II](#)
5. [III](#)
6. [IV](#)
7. [V](#)
8. [VI](#)
9. [VII](#)
10. [VIII](#)
11. [IX](#)

## **HITOS**

1. [El pesimista corregido](#)
2. [Portada](#)